

Los jóvenes en la encrucijada democrática

Jorge Alberto Rivero Mora *

Introducción

En México, desde la segunda mitad del siglo pasado a la fecha, la construcción de la democracia, específicamente en el ámbito electoral, ha sido un proceso largo, oscilante, paradójico, con avances significativos pero con marcados retrocesos que hoy en día saltan a la vista. En este panorama, la consolidación de instituciones políticas confiables que abran paso a una auténtica democracia en el país (entendida ésta no como un elevado concepto teórico sino como una verdadera práctica social) es un asunto impostergable.¹

Así, en la presente reflexión queremos poner de relevancia la participación política de los jóvenes como un sector mayoritario, heterogéneo y contradictorio de la población mexicana, cuya contribución ha sido vital para acelerar dicho proceso democratizador, también es cierto el manifiesto desapego y desinterés del Estado mexicano por el horizontes de expectativas de los jóvenes.²

En esta perspectiva, y con el telón de fondo del escenario político en el que estamos inmersos, queremos reflexionar y dar nuestro testimonio sobre la participación de la población juvenil mexicana, así como sus estrategias de acción en un sistema que se caracteriza por cerrar sus anhelos y sobre todo, queremos enfatizar el marcado menosprecio que importantes actores de la sociedad civil nacional han

otorgado a la participación de los jóvenes en este arduo y azaroso proceso de transición política marcado por la incertidumbre y por el desencanto.

Juventud... ¿Divino tesoro?

Reflexionar en torno a la población juvenil de nuestro país (18 a 30 años de edad), es retomar a un nutrido grupo social que se desarrolla en un cúmulo de problemáticas crecientes: con necesidades insatisfechas, con un marcado desencanto a transformar sus condiciones de existencia, con una lógica de sobrevivencia marcada por la competencia y el egoísmo, donde el tejido social se rompe por no encontrar canales de participación conjunta con otros actores, sobreviven con demandas que resultan inaplazables y la mayoría de las veces les resultan inalcanzables, con modos de identidad que se fusionan y se tornan defensivos en un sistema que los excluye, e incluso con expresiones y prácticas culturales diversas que por regla general son ignoradas, incomprendidas o temidas.³

En este panorama, quienes más contribuido a construir un diálogo sordo y de miedos infundados son, por una parte, las generaciones que los antecede, regularmente los padres de familia que vivieron su juventud de otra manera sin los graves estragos de un orden económico excluyente, inequitativo e injusto como el modelo neoliberal que desde 1982, fue implantado unilateralmente por los gobiernos tecnócratas priístas (Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo) y que sigue vigente con otro partido político distinto al que nos gobernó por más de siete décadas y que sigue reproduciendo la incoherente lógica y los vicios de un modelo que ya demostró con creces su ineficacia.⁴

Por lo tanto, ciertas instituciones, tanto

* Maestro en Historiografía de México y Licenciado en Sociología por la UAM-A

¹ Cf., Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*. México, FCE, 1984.

² Para el filósofo alemán Reinhart Koselleck Expectativa y experiencia constituyen a la vez la historia y el conocimiento y, por cierto, lo hacen mostrando la relación interna entre el pasado y el futuro, antes, hoy y mañana. Así, el horizonte de expectativa está ligado a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir (...) la experiencia y la expectativa tienen modos de ser diferenciables". Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*, Barcelona, Paidós., 1993.

³ Al respecto, revítese el número 109, dedicado a la juventud de nuestro país en *El Cotidiano*, México, UAM-Azcapotzalco, Septiembre-octubre de 2001.

⁴ *Ibidem*.

públicas como privadas muchas veces dotadas de un hipócrita discurso moralista y conservador propios de la nueva derecha que dirige los destinos y el rumbo del país, alientan la intolerancia e impregnan con sus desaprobaciones y restricciones a los jóvenes. Por este motivo, dichos grupos promueven de manera velada la intolerancia de los sectores más retrógrados, anacrónicos y conservadores del país, que van desde los poderosos medios de comunicación y grupos empresariales, hasta organismos de ultra derecha, como *Próvida* o el *Yunque*, que se asumen como la voz autorizada que decide lo que los jóvenes deben consumir o rechazar.⁵

Vale recordar que los jóvenes no son un sector social homogéneo ni en sus contextos sociales, ni en sus preocupaciones y expectativas de vida, es decir, dentro de su vastedad los jóvenes son depositarios de numerosas experiencias significativas, de uso de espacios públicos y privados, de comportamientos y percepciones hacia la política peculiares, con una iniciación más temprana a las prácticas sexuales, con eclécticas posturas religiosas y a veces con acciones radicales en búsqueda de la defensa de sus modos de vida.

En este sentido, lo que distingue al contradictorio sector de los jóvenes es su marcada y evidente heterogeneidad que encierran en sí mismos, así como una enorme diversidad y contradicciones no exentas de conflictos y complejidad. De este modo, a diferencia del pasado cuando los jóvenes vivían esta etapa de su vida como una especie de estado preadulto en el que reproducían mecánicamente los hábitos de los padres y existía una evidente certidumbre de cómo vivir, qué hacer y qué pensar, hoy en día la juventud se encuentra desprotegida por su incapacidad de comprender los cambios acelerados que vivimos, sin tener una ideología que, como en el pasado les daba certidumbre.

Hoy en día los jóvenes trabajan, estudian o se identifica con algunas causas pero su proceso identitario ya no pasa sólo por la escuela, el trabajo o

los organismos políticos, ahora su identidad la construyen en otros espacios y con otras prácticas. En este escenario, desde la década de los noventa se aceleran algunos indicadores que se percibían con anterioridad, factores que están directamente relacionados con los fenómenos propios de la globalización y de la mundialización y que ha ocasionado que los jóvenes articulen ahora distintas respuestas a este nuevo contexto que los afecta y que sin duda es un importante reto para el ejercicio de su ciudadanía.⁶

La juventud ahora es una etapa de la vida social por la que se pasa y no por la que se está permanentemente, por lo tanto, a los jóvenes hay que situarlos históricamente a fin de comprender las circunstancias individuales y colectivas en las que están inmersos y de las cuales son producto. En este sentido, podríamos decir que la juventud vive el proceso de globalización de una forma más desfavorable que benéfica para sus vidas.

¿A qué hora te globalizas?

Hoy en día nos encontramos que las oportunidades de desarrollo en este devastador modelo neoliberal no sólo se reducen sino que llanamente se extinguen, donde se configura un presente y un laboral y educativo intimidante, competitivo y desalentador, todo en un escenario en donde el poder cada vez más notorio de los medios de comunicación y de los grupos empresariales dictan los modos de vida y los hábitos de consumo a través de las falaces y banales imágenes construidas de lo juvenil, de lo *in*, lo *out* o lo *cool*, lo cual obviamente desalientan, inhiben y suprimen la creatividad, la imaginación y la participación de los jóvenes en los asuntos públicos y en sus diversos estilos de vida.

Con el riesgo de parecer alarmistas compartimos la opinión de la investigadora Rossana Reguillo respecto a que para un gran porcentaje de

⁵ Álvaro, Delgado, *El Yunque: La ultraderecha en el poder*, México, Plaza Janés, 2003.

⁶ José Pérez y Mónica Valdez "En busca de la emancipación juvenil: algunos datos a partir de la Encuesta Nacional de la Juventud 2000", en *El Cotidiano*, México, UAM-A, Núm. 109, Septiembre-octubre de 2001.

jóvenes el futuro simplemente no existe, ya que su presente tiende a volverse denso, incierto y caótico, y es que a diferencia de generaciones pasadas a los jóvenes ya no les interesa transformar el mundo y su realidad. Desde una actitud pragmática han hecho a un lado sus principios e ideales, por lo que su capacidad utópica ha sido desdeñada por los planes a corto plazo, por sobrevivir a toda costa en un contexto marcadamente adverso, es decir, sus planes se reducen a encontrar un empleo que los satisfaga, un lugar donde habitar y dinero suficiente para sobrevivir, para así romper definitivamente el largo lazo de dependencia con los padres.⁷

Entre los jóvenes las utopías revolucionarias de la década de los sesenta se han guardado en el desván de los recuerdos; por ello el enojo, la frustración, el desinterés de los jóvenes en los años ochenta se ha transformado en los umbrales del siglo XXI, se ha transformado a formas de resistencia y de sobrevivencia, de numerosos grupos juveniles de distintos estratos sociales que con distintas estrategias construyen un capital social que los ayuda a salir adelante de un modelo que los relega.⁸ Sin embargo, los jóvenes en su configuración de sus formas de identidad, en sus estrategias, en sus prácticas y en su codificación de su visión del mundo, sus esperanzas y su miedo conviven, su inseguridad y sus certezas conviven y sus alegrías y tristezas se entremezclan.

En este sentido el papel que juega el Estado y las instituciones que lo sustentan juegan un rol decepcionante: hablan y construyen un discurso hacia los jóvenes a través de sus deficientes y escasos programas diseñados para atender sus demandas y necesidades. Sin embargo estas distintas políticas

⁷ Rossana Reguillo, "La gestión del futuro", en *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, México D.F., Año 5, Núm. 15, Septiembre-diciembre de 2001, pp. 2-25.

⁸ El capital social es la categoría teórica que hace referencia a aquellos recursos inmateriales producto de la sociabilidad que encarnan o fluyen a través de las instituciones, las relaciones y las normas. Estos recursos pueden intercambiarse entre individuos y grupos en la búsqueda de beneficios colectivos. Estos recursos son una forma de capital porque tienen la característica de que pueden acumularse a lo largo del tiempo y desplegarse a futuro para conseguir ciertos beneficios. Cf., Miriam Alfie, "Globalización, Democracia y desilusión: la sociedad civil en México (1991-2004)", en *El Cotidiano*, México, UAM-A, Año 20, Núm. 126, Julio-agosto de 2004.

públicas pretenden homogeneizar a la población joven por lo que diluyen de modo arbitrario diferencias por género, preferencia sexual o religiosa y por consiguiente funcionan como mecanismos de control social que se manifiestan en la negación del otro y de la diferencia.

Así, las políticas conservadoras del Estado mexicano siguen atrasando la discusión que afectan y determinan las prácticas sociales de los jóvenes, es decir, van encaminadas a la prohibición de prácticas que los jóvenes deben de asumir y decidir: no a los anticonceptivos, no al embarazo, no al aborto, no al uso de drogas, no a formas alternativas de expresión artística como el *graffiti*, el *performance*, o las marchas en pos de sus reivindicaciones particulares de su cotidianidad.

Si de verdad queremos mirar a los jóvenes como ciudadanos con derechos y obligaciones, como sujetos relevantes en la construcción de un país distinto, entonces tendría que cambiar la relación del Estado con este importante y mayoritario sector de la población mexicana, reconociéndolos como auténticos interlocutores y tomarlos en cuenta en la toma de decisiones públicas, privilegiando el respeto a su capacidad de elegir y decidir qué hacer con sus vida y con sus cuerpos, respetando su diversas prácticas culturales e insertándolos en el diseño de las políticas y programas dirigidos a ellos.

Asimismo los jóvenes deben seguir insistiendo en su compromiso de reconocerse como un grupo social a partir de aquellos rasgos que los unifican pero que los distinguen de otras identidades o modos de vida alternas, es decir, los jóvenes deben respetar al otro procurando pugnar por valores solidarios y no por los patrones de egoísmo y competencia a ultranza que promueve el deshumano e incongruente modelo neoliberal en el que habitamos. En síntesis, apelamos a la creación de un tejido social con otros sectores de la sociedad que permitan a la juventud mexicana a retomar el papel predominante

que tiene y que no se decide a asumir.⁹

En este contexto hay una idea predominante que se ha vuelto un lugar común respecto a que los jóvenes son apáticos respecto a la política, es decir, que su marcado desinterés por los asuntos de interés público en este polarizado y violento escenario de las campañas políticas es por su inconciencia “ante los grandes temas nacionales”. Sin embargo, más que apatía o ignorancia afirmamos categóricamente que los jóvenes lo que evidencian no es de ninguna manera apatía o desinterés sino una marcada desconfianza hacia la arena política de este país (tanto por sus actores como por sus instituciones)

Y es que esta suspicacia ha sido bien ganada por la raquíta calidad moral de los principales actores políticos de este país, más preocupados en satisfacer sus intereses particulares u obtener el poder por el poder mismo, que por establecer vínculos y un auténtico diálogo con los jóvenes lo que ha derivado en éstos su desencanto y en su desinterés por participar en la toma de decisiones públicas.¹⁰

En este sentido, la clase política en nuestro país (de todas las fuerzas partidistas) parece aferrada a ignorar esta triste realidad, pero lejos de reparar esta distancia notoria con los jóvenes se ha enfrascado en una serie de agresiones y descalificaciones partidistas en nombre de una abstracción discursiva tan hueca como lo es el siempre mentado “Estado de Derecho” que los han alejado de la realidad misma. Hoy en día vemos como los partidos políticos ceden a un pragmatismo a ultranza que deriva en un profundo descrédito del ejercicio de la política en este país.¹¹

En este horizonte la clase política mexicana

⁹ Gilberto, Giménez “Modernización, cultura e identidades en México” en *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 4/94, México, IIS-UNAM, Octubre-diciembre de 1994.

¹⁰ Sobre el tema de la moral y la ética en la arena política revítese los trabajos de Luis Villoro, *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*, México, El Colegio Nacional/FCE, 2001; y del mismo autor “Ética y política” *Los linderos de la ética*, México, Siglo XXI-UNAM, 2000, pp. 3-17.

¹¹ El pragmatismo a ultranza de los partidos políticos en nuestro país, en el que se hace a un lado principios ideológicos básicos se puede ilustrar con innumerables ejemplos de políticos (as) que saltan de un partido político a otro en el afán de obtener el poder por el poder mismo. Citamos el ejemplo reciente de la ultraconservadora y expansionista Ana Rosa Payán que contendrá en las elecciones del 20 de mayo de 2007 en pos de la gubernatura de Yucatán por el Frente Amplio Progresista (PRD, PT y Convergencia) que se autocalifica como una fuerza de izquierda.

con una notoria pobreza de propuestas para satisfacer las expectativas de los jóvenes han preferido (como sucedió en las controvertidas e irregulares elecciones del 2 de julio de 2006) polarizar a la nación al privilegiar el insulto por sobre la confrontación de ideas; la banalidad por la difusión de soluciones reales a los rezagos; pero sobre todo, en una clara muestra de su exagerado y arraigado pragmatismo, se han alejado del buen juicio y de los principios éticos imprescindibles en el terreno de lo político.

Aquí cabe aclarar que al hablar de pragmatismo aludimos a la manera en que el ser humano antepone su interés o el sentido utilitario de sus acciones. Desde esta definición no pretendemos desdeñar al pragmatismo inherente en la política, a lo que sí nos oponemos es al pragmatismo a ultranza por sobre los más elementales principios éticos.

En este sentido, queremos ser sumamente críticos con el papel que las instituciones han jugado en nuestro país para polarizar políticamente diversos sectores de la población del país. Y es que instituciones, como el IFE, la Secretaría de Gobernación, la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN), las Cámaras de Diputados y de Senadores han asumido una actitud autista en la dolorosa realidad económica que se vive en nuestro país en donde 40 millones de personas viven en condiciones de pobreza y 20 millones sobreviven en condiciones de pobreza extrema

Y es que la clase política, las instituciones y la muchas veces apática sociedad civil en su conjunto; no asumen su responsabilidad sobre este rezago político y lejos de atraer e involucrar a los jóvenes para que participen en asuntos de carácter público, inhiben su fuerza constructiva con imágenes mediática insulsas, en donde los “triunfadores” no es quién sobresalga en parámetros que hagan de nuestro país un lugar mejor, sino que siguiendo la posición consumista y banal de las televisoras se dejan llevar por una lógica simplista y errónea de que los grandes próceres de este país son aquellas figuras mediáticas que tienen cierto poder de influencia por el solo hecho de ser conocidos en términos mediáticos.

Aunado a lo anterior, duele, esa es la palabra exacta, duele mucho el ofensivo dispendio que la clase política derrocha no solo en periodos de campañas electorales sino en su vida cotidiana. La disminución en un 10% de su salario del presidente Calderón no es más que un claro ejemplo del doble discurso de la clase política en el país, ya que si por un lado se habla de encabezar una política de austeridad, en la realidad siguen engrosando sus cuentas en el banco a costa del sufrimiento de millones de mexicanos

En fin, son numerosos errores que saltan a la vista y que sin duda han alejado a los jóvenes de la arena política en pos de las reivindicaciones a las que tienen derecho (derecho a la educación gratuita, a la salud, a la cultura, a la vivienda, etcétera). En este panorama es necesaria la autocrítica de todos los actores en este proceso y que los diversos y heterogéneos actores que integran a nuestra sociedad civil complejo colectivo en el que los jóvenes juegan un papel relevante, pugnen por participar en el desarrollo del modelo de país que necesitamos y no el que la clase política en el país ha impuesto unilateralmente desde 1982 a la fecha.¹²

Por lo tanto, ahora que nuestro proceso de democratización quedó sumamente lastimado es necesario que se revisen y se discutan los evidentes errores de nuestra imperfecta democracia electoral (el origen de los recursos en las campañas, la autoridad moral de los políticos y fuerzas partidistas, la transparencia de los recursos de las instituciones electorales, la urgente reducción de las campañas electorales, etcétera) que acerquen a los jóvenes a participar en los asuntos de interés público.

Se dice con insistencia que los jóvenes son el futuro de México, pero se nos olvida que también son el presente y es desde este lapso temporal que podemos configurar el escenario deseable que

aspiramos para nuestro país. Por esta razón es necesario involucrar a este importante sector de la población nacional a asumir el papel protagónico que le corresponde, no sólo en materia política sino en el desarrollo de las diversas maneras de expresarse como parte de una sociedad que necesita de su participación.

Actualmente, que vivimos en un contexto de discursos amañados desde el poder, de aperturas que no se materializan del todo y de autoritarismos que no se despiden, la relevancia del sector juvenil para revertir esta descomposición política nos muestra que la modernización a la que nuestro país aspira no podrá alcanzarse hasta que el sistema político mexicano realmente tenga una transformación de fondo y no solamente de fachada y que poco vale un proyecto de nación si éste no está forjado en cimientos axiológicos.

En este entorno queremos dar testimonio que una sociedad en movimiento (en especial de su población joven) siempre será el mejor contrapeso a las autoridades que ejercen el poder a través de la impunidad, la corrupción y la intolerancia. Ahora bien ¿qué podemos rescatar de la participación de los jóvenes en la reconfiguración de un sistema político que los evade y los excluye? Recuperamos más que ideas y proyectos inacabados, su comportamiento y sus actitudes, en tanto virtudes que resultan vigentes y necesarias en el ejercicio de su ciudadanía, en el papel que los jóvenes tienen que asumir como sociedad para incidir en el destino político de nuestro país.

Conclusiones

Pensar el hoy para construir el mañana significa recobrar el papel relevante que juegan los jóvenes en este proceso, pero mientras continúen todo tipo de anomalías en la vida de una nación que pretende desde hace décadas acceder a la modernidad política y a una verdadera democracia, el esfuerzo del

¹² Por sociedad civil aludimos a la organización de individuos libres e iguales en derechos; individuos aislados que por decreto compiten en un ámbito particular con espacios exclusivos. Para un análisis más amplio de la conceptualización y las implicaciones del término de sociedad civil véase Miriam Alfie y Luis Méndez, "Sociedad civil y transición política en México: perfiles y perspectivas", en *El Cotidiano*, Núm. 90, UAM-A, México, julio-agosto de 1998, pp. 79-92.

sector juvenil por cambiar las formas antidemocráticas en nuestro país, seguirá inconcluso si no se levantan las bases de un proyecto de nación congruente a nuestras expectativas respaldado en la participación conjunta del Estado y de la sociedad civil para revertir nuestras cotidianas adversidades.

Desde 1982 a la fecha no tenemos crecimiento económico; cerca de 40 millones de personas viven en situación de pobreza; casi 20 millones en extrema pobreza; con políticos corruptos e ineptos en todos los partidos políticos; con instituciones que han dejado de ser funcionales; sin un proyecto de nación que nos dé certidumbre, todo ello nos permite afirmar que el tipo de régimen que creíamos haber superado sigue intacto y que el cambio ofrecido por el actual gobierno federal no fue más que una quimera, una mera alternancia que cambió la forma pero no la esencia de un sistema político caduco que aún permanece.

En este entorno, las injusticias básicas no resueltas mantienen abierto el pasado y éste influye en cómo vamos a vivir el mañana. Por eso es importante solucionar los agravios del pasado porque de no hacerlo éste puede regresar; por eso los jóvenes ven al futuro no con esperanza sino como una amenaza, ante las pocas expectativas de desarrollo y ante la notoria falta de oportunidades. Así, este trabajo no se asume como el punto final de una temática que ofrece distintas posibilidades, sino como un espacio abierto al diálogo.

Bibliografía

Alfie, Miriam y Luís Méndez, “Sociedad civil y transición política en México: perfiles y

perspectivas”, en *El Cotidiano*, Núm. 90, julio-agosto de 1998.

Alfie, Miriam, “Globalización, Democracia y desilusión: la sociedad civil en México (1991-2004)”, en *El Cotidiano*, Año 20, Núm. 126, Julio-agosto de 2004.

Bobbio, Norberto *El futuro de la democracia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Delgado, Álvaro, *El Yunque: La ultraderecha en el poder*”, México, Plaza y Janés, 2003.

Giménez, Gilberto, “Modernización, cultura e identidades en México” en *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 4/94, Octubre-diciembre de 1994.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993.

Pérez, José Antonio y Mónica Valdez “En busca de la emancipación juvenil: algunos datos a partir de la Encuesta Nacional de la Juventud 2000”, en *El Cotidiano*, Núm. 109, Septiembre-octubre de 2001.

Reguillo, Rossana, “La gestión del futuro”, en *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, Año 5, Núm.15, Septiembre-diciembre de 2001.

Villoro, Luis, *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*, México, El Colegio Nacional/FCE, 2001.

Villoro, Luis, “Ética y política” *Los linderos de la ética*, México, Siglo XXI-UNAM, 2000.